

La parte salvaje

Ferran
Guallar

La parte
salvaje

Navona

Primera edición

Octubre de 2022

Publicado en Barcelona por Editorial Navona SLU

Navona Editorial es una marca registrada de Suma Llibres SL

Aribau 153, 08036 Barcelona

navonaed.com

Dirección editorial Ernest Folch

Edición Xènia Pérez

Diseño gráfico Alex Velasco y Gerard Joan

Maquetación y corrección Moelmo

Papel tripa Oria Ivory

Tipografías Heldane, Studio Feixen Sans y Courier New

Imagen de la cubierta Irma Stern

Distribución en España UDL Libros

ISBN 978-84-19311-15-3

Depósito legal B 10783-2022

Impresión Romanyà-Valls, Capellades

Impreso en España

© Ferran Guallar, 2022

Publicado de acuerdo con Pontas Literary & Film Agency

Todos los derechos reservados

© de la presente edición: Editorial Navona SLU, 2022

Navona apoya el copyright y la propiedad intelectual. El copyright estimula la creatividad, produce nuevas voces y crea una cultura dinámica. Gracias por confiar en Navona, comprar una edición legal y autorizada y respetar las leyes del copyright, evitando reproducir, escanear o distribuir parcial o totalmente cualquier parte de este libro sin el permiso de los titulares. Con la compra de este libro, ayuda a los autores y a Navona a seguir publicando.

A mi hermano Josep

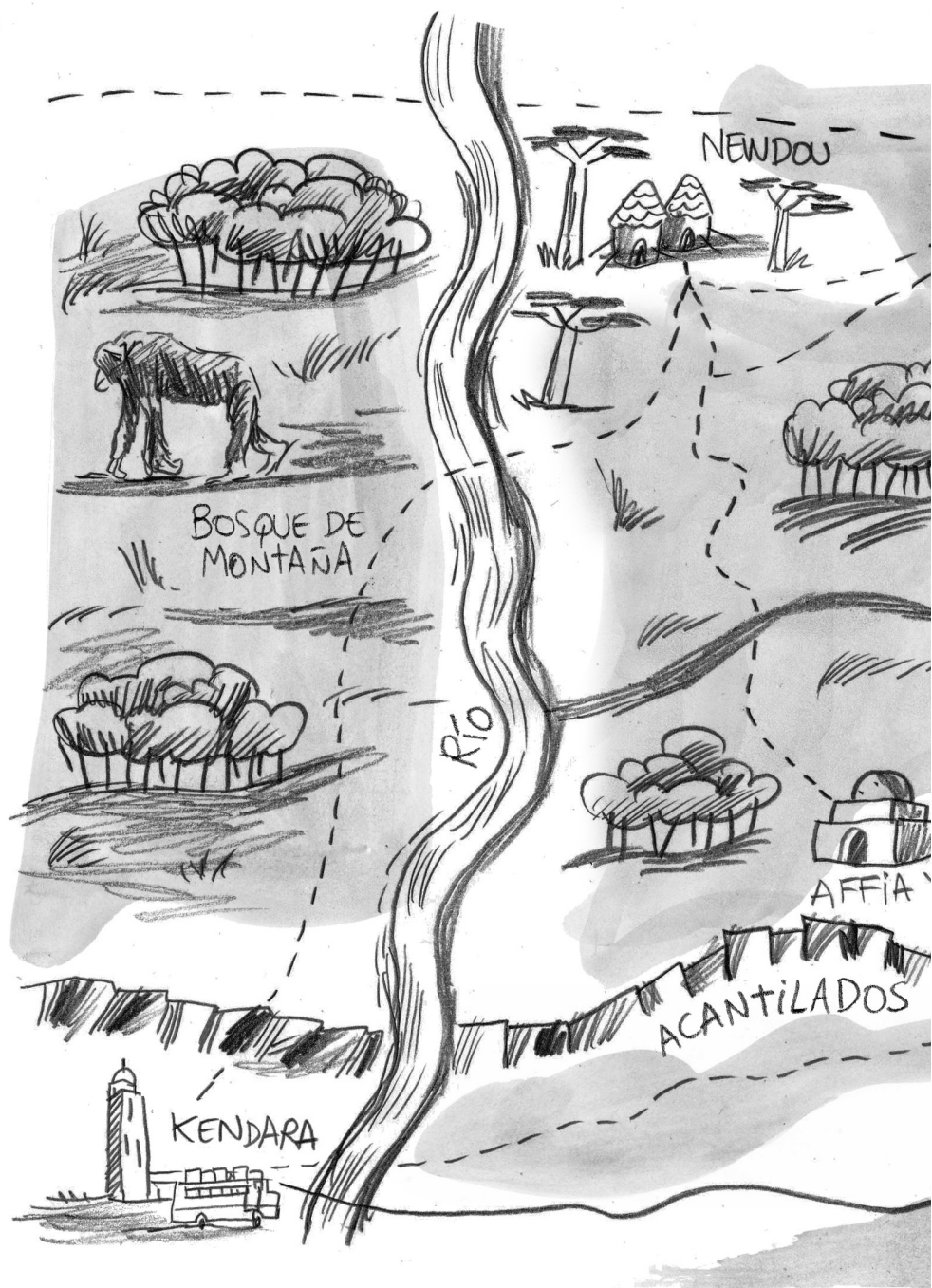
NOTAS DE CAMPO

<u>17 DE OCTUBRE</u>	15
Palabras clave:	A QUIEN PUEDA INTERESAR
Investigador:	PAUL
<u>9 DE OCTUBRE</u>	23
Palabra clave:	LIDERAZGO
Investigador:	SAMAL
<u>10 DE OCTUBRE</u>	71
Palabra clave:	SEXO
Investigador:	PAUL
<u>11 DE OCTUBRE</u>	101
Palabra clave:	TRAICIÓN
Investigadores:	PAUL, SAMAL
<u>12 DE OCTUBRE</u>	125
Palabra clave:	AMISTAD
Investigador:	SAMAL

<u>13 DE OCTUBRE</u>	159
Palabra clave:	AVARICIA
Investigadores:	PAUL, SAMAL, JENI (+ STELLA)
<u>14 DE OCTUBRE</u>	185
Palabra clave:	CRUELDAD
Investigador:	OMAR
<u>15 DE OCTUBRE</u>	207
Palabra clave:	TEMOR
Investigador:	PAUL
<u>16 DE OCTUBRE</u>	237
Palabra clave:	DUELO
Investigadores:	PAUL, SAMAL
<u>17 DE OCTUBRE</u>	277
Palabra clave:	VIOLENCIA
Investigador:	PAUL

*Multiply, vary,
let the strongest live
and let the weakest die.*

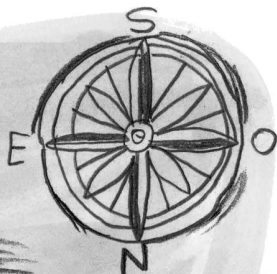
CHARLES DARWIN



TERRITORIO STELLA

FRONTERA

MINAS



BOSQUE DE MONTAÑA

PISCINA NATURAL

SALTO DE AGUA

CENTRO DE INVESTIGACIÓN

GUREL

SABANA

NOTAS

17 de octubre

Palabras clave: A quien pueda interesar

Investigador: Paul

Bosque profundo. Madrugada.

Un hombre solo sentado sobre una gran roca observa a un mono solo sentado sobre una gran rama.

Un mono solo sentado sobre una gran rama observa de reojo —como hacen los monos— un cuerpo inerte junto a un hombre solo sentado sobre una gran roca que lo mira.

El hombre parece ignorar que, en su mano derecha, todavía sostiene una piedra de tamaño medio con bordes afilados y manchada de sangre.

El mono no sabe distinguir entre la mano rígida del cuerpo inerte y la pistola que todavía empuña, pero sabe a ciencia cierta que tiene el cráneo abierto por la mitad.

Te sigo, pues.

Aparto ramas, esquivo rocas, te agradezco el ritmo lento, pienso que no es justo que tú no sepas demasiado de mí y que yo sepa tanto de tu vida.

Te he observado durante más de una década, que se dice pronto, pero en raras ocasiones me he dirigido a ti, persona a persona, ya me entiendes. Y solamente, claro, cuando estábamos solos. Si recuerdo bien, hoy debe de ser la segunda o tercera vez que te he llamado en voz alta. La última fue una noche de luna, bajo un árbol de mango, no hace mucho. En aquella ocasión, fui yo quien te reconfortó. Hoy me has devuelto el favor con creces. Nota: incluir observaciones en el estudio de altruismo sobre posible devolución de favores entre individuos.

Perdona si se me va la cabeza. Hace unos minutos pensaba que había escrito la que sería mi última nota de campo, pero me costará romper con el viejo hábito. ¿Por dónde íbamos? Que yo conozco mucho de ti y tú nada de mí, y que nos habíamos comunicado poco, decía. Bueno, sobre lo primero, es un deseo más que una realidad científica. No puedo confirmar con pruebas que conozca la totalidad de tus secretos y de tus motivos, a pesar de los quince años de anotaciones. En cuanto a la comunicación, admito que he imaginado conversaciones contigo. De hecho, imaginar qué piensas y por

qué haces lo que haces es el núcleo de mi trabajo. Intento conocerte por tus acciones, y no solo por tu vocabulario que, sin ánimo de ofender, es bastante limitado. Por eso, a menudo, me es útil recrear un diálogo dentro de mi cabeza, donde me rebates o me confirmas las hipótesis con lógica y persuasión variables.

Siendo estrictos, también me estoy imaginando esta conversación, aunque sospecho que los últimos acontecimientos pueden haber trastornado mi percepción de qué es real y qué no. Es posible que, para confirmarlo, haya querido oír mi voz, como cuando te pellizcas para saber si estás despierto, y te haya dicho un simple: «¿Verdad, viejo amigo?». Suficiente para que te hayas girado y me hayas invitado a seguirte bosque adentro, como si supieras qué es lo mejor para mí, ¿verdad, Seejo? Espero que no te moleste que te bautizáramos así: Seejo. *Aawaseejo* —bandido en la lengua local— era demasiado largo. ¡Bandido! ¿Con qué derecho, te preguntarás, te pusimos un nombre tan vulgar? Mira, fue así. Cuando te vi por primera vez pensé: este individuo llegará lejos, si no se precipita. Eras un joven de carácter fuerte y se te notaba ágil pero firme en las situaciones conflictivas. Conseguías un equilibrio inteligente entre el respeto por los superiores y la generosidad con el resto. En resumen, eras astuto, y cuando, al final de la jornada, comentábamos tus maniobras con el equipo, cerrábamos a menudo las discusiones con un: «¡Es que se las sabe todas, el bandido!».

El equipo, mi pobre equipo. De ellos solo me quedan las notas de campo. Las caras de los que sobrevivieron y los que ya no están se mezclan con sus circunstancias hasta reducirse a la mínima expresión, cuatro líneas definitorias, espectros

reminiscentes de una vida anterior. ¿Soy yo, el muerto? Es una pregunta válida. Si estoy vivo, dará miedo verme. ¿Y si me he reencarnado en uno de vosotros, Seejo? Los cuatro pelos blancos que me salpican la barba negra ya eran indicios de la mutación, según mis compañeros. Gracias por detenerte. Ya debe de ser mediodía y los árboles no dan suficiente sombra. Cómo agradecería tener la petaca cerca. Qué madrugada de locos, ¿verdad, Seejo? Creía que ya lo había visto todo en comportamiento homínido, pero he aprendido más en la última semana que en toda una vida de antropólogo. Te daré detalles. Sospecho que tendremos tiempo de sobra. Pero lo primero es lo primero.

Te decía que, siendo tú el protagonista de quince años de notas de campo, no era justo que no supieras nada de mí. Hagamos, pues, la presentación formal y nivelemos la balanza. Me llamo Paul Murray. Murray por mi difunto padre escocés, de quien solo he heredado los clichés: la tozudez y una afición genética, aunque tardía, por el whisky. A punto de cumplir los treinta, una moto y nada que perder me trajeron hasta aquí, tu territorio. Me instalé en el pequeño pueblo de Gurel, rodeado de los acantilados boscosos y de los saltos de agua que conoces mejor que yo. En poco tiempo, Gurel se convirtió en mi hogar de adopción y en el centro de mando de una misión más romántica que práctica para salvar a los tuyos de la extinción.

¿Sabes? A menudo, para parecer un tipo sensible, decía que vosotros me salvasteis a mí. En parte, era cierto, huía de mí y de mi pasado, pero nunca hubiera pensado que la ocurrencia retórica se convertiría en literal. Visto con perspectiva, salvaros parece ahora una tarea demasiado grande. ¿De

dónde ha salido la energía que me ha mantenido en pie? Me gustaría pensar que de una voluntad de justicia universal, pero podría tratarse solo de la tozudez de la que te hablaba. Pero volvamos a los datos, Seejo. Para conoceros mejor, ¡hemos hecho de todo! Hemos plantado cara a serpientes, leopardos y abejas asesinas; a malarias, diarreas y dengues; a policías corruptos y traficantes de animales. Nos hemos enfrentado a obstáculos macizos y hemos cruzado ilegalmente líneas imaginarias, como la que nos separa del país vecino, tantas veces como fue necesario. Por cierto, te sorprendería saber cuántas líneas hemos llegado a inventar los humanos: entre personas de diferente color, entre lo que es justo y lo que no, entre lo que es bueno y lo que es malo. Sea como sea, en este rincón fronterizo ignorado por la soberbia clase urbana de la capital —uno de esos paraísos con subtexto que exuda el Instagram de turistas *off the beaten track* y cooperantes de medio pelo—, congregué a una docena de investigadores de diferentes procedencias, la mitad de ellos de la propia aldea. Debes de conocerlos a todos, Seejo, pero no sé a ciencia cierta si te fijas más en el color de la camiseta o en los rasgos del individuo. Haré una nota sobre el tema cuando pueda.

Ya te has dado cuenta de que somos unos idealistas, ¿verdad? Te preguntarás, con razón, de qué viven estos locos en una tierra que apenas llega a producir lo suficiente para los aldeanos, donde la liquidez es tan escasa como el agua en temporada seca. Te puedo decir que el dinero para mantener el equipo no ha sido nunca un problema porque, en realidad, nunca lo ha habido. La grandeza de vuestra Causa, las tasas de desempleo de un mundo en crisis y una política flexible de nuestro Departamento de Recursos Homínidos nos han fa-

cilitado un reclutamiento digno en la mayoría de los casos, aunque el sueldo no lo fuera.

Sería impreciso afirmar, sin embargo, que no había *nada* de dinero. De hecho, esta era la misión de la visita —hace escasamente una semana— de Beth, la fundadora, y de mi amigo Fred: conseguir fondos para poder ampliar la Reserva de Gurel, tu bosque, más allá de la línea imaginaria de la frontera y convertirla en la más grande de la subregión africana. Un bosque sin amenazas donde vosotros, los chimpancés, pudierais sentirlos protegidos. Quizás el único sueño que me quedaba a estas alturas.

También mentiría si no reconociera que, después de los primeros años de observación hipnótica de tu grupo, Seejo, la curiosidad me había ido girando cada vez más hacia el equipo de *Homo sapiens*, inmerso, sin ser consciente de ello, en las pequeñas batallas del día a día, como la de la envidia o los celos, y en las grandes guerras de la vida, como la de la supervivencia física y genética. Fascinante y aterrador. Día tras día, vuestros ojos esquivos se me presentaban como un espejo bestial donde descubrir las mil y una maneras con que tratábamos de ocultar y justificar racionalmente nuestras acciones, con demasiada frecuencia, injustificables.

Te noto inquieto, Seejo. ¡A mí también me agota escucharme! Hacemos una pausa, si te parece bien. Buscamos agua y fruta y compartiré algunas notas contigo. Si quieres, te contaré cómo he llegado aquí, pero te adelanto que ni la observación, ni las notas, ni los años de experiencia me han servido para evitar este desenlace.

Te sigo, pues.

NOTAS

9 de octubre

Palabra clave: Liderazgo

Investigador: Samal

7 a. m. Paul no se ha presentado. Salgo solo.

8 a. m. Tercer día continuado de seguimiento a Seejo. Ha dormido cerca de la cascada y se mueve despacio hacia el este. Desde el primer ataque del grupo de César y la huida de las hembras le cuesta caminar, pero no se detectan heridas externas. Cada día ha sido acosado en un momento u otro por César y dos machos de su grupo. Parecen decididos a matarlo. Seejo les planta cara hasta que se cansan. Da la sensación de que saben que el tiempo juega a su favor. No quieren salir mal parados. La sucesión del liderazgo dentro de la comunidad parece completada, tanto si Seejo muere como si se mantiene oculto.

8:30 a. m. Seejo se ha detenido a comer frutos de *laare* en la vertiente este del valle de la cascada.

9 a. m. Arranca a caminar en dirección norte. Mira atrás, nervioso. Se oyen gritos. A unos veinte metros aparecen los tres chimpancés macho del grupo de César.

—*Allez, Paul, allez!*

Miro a las *cheerleaders* locales con la cabeza encajada bajo la axila sudada de mi contrincante.

—*Allez, Paul, allez!* —animan, entre risas desvergonzadas.

Las jóvenes se sientan con las piernas colgando en el murete bajo de la entrada de la escuela. Se burlan de mí, claro, pero sonrío como si todo estuviera bajo control. Un reequilibrio de fuerzas repentino hace que el bloque que formamos mi rival adolescente y yo gire ciento ochenta grados. Ya no veo a las chicas, sino las tres construcciones precarias con techo de zinc que hacen de aulas. El murete y las aulas delimitan el cuadrilátero arenoso de diez por diez donde practicamos el deporte nacional: lucha entre machos vestidos con una tela humillante en forma de pañal.

Un error por mi parte.

El chaval es más fuerte de lo que esperaba y, para rematar, no tengo la conciencia tranquila. Plantar a Samal en la patrulla de hoy, en un momento tan especial para Seejo y para la investigación en general... Soy un mierda. No mentía cuando le he dicho que me quedaba para preparar las reuniones con Beth y Fred. ¡Pues claro que debería estar preparando las reuniones! Tanto tiempo esperando la visita de Beth, y me dejo provocar por cuatro críos fanfarrones que me llaman *grand-père* en la cola del pan.

La llave de mi contrincante es firme.

No encuentro la manera de desembarazarme de él, pero tampoco me puede tumbar. La barba reabsorbe los sudores que me resbalan por la cara. Se va acumulando tensión y dolor en las articulaciones y los músculos implicados, pero ninguno de los dos nos atrevemos a movernos. El instante se me hace eterno y me agiganta la sensación de pérdida de tiempo. Soy el *boss* más irresponsable que conozco. Todo debería estar listo, incluido yo mismo, para la primera visita a la Reserva de Gurel de Beth Jones, la encarnación de la Causa que nos ha llevado tan lejos de casa y alfa de la organización a la que hemos regalado tantas horas. Allí donde va, la dama indomable es adorada por masas de fans enfervorizados. Me pregunto cómo ha llegado a pasar. Supongo que su mayor mérito radica en ser uno de los pocos *sapiens* que todavía predicán con cierto éxito la esperanza de un futuro mejor para un planeta exhausto. Sin embargo, seguir a una predicadora tiene sus inconvenientes. «¿Cómo va la secta?», me instigan a menudo escépticos y tocapelotas. «¿Crees que si fuera una secta reclutarían a un antropólogo anarquista como yo?», les digo, en una salida por la tangente que más bien refuerza la sensación de que no van tan desencaminados. ¿A quién quiero engañar? A veces las cosas *son* lo que parecen, pero nos resistimos a aceptarlas. Puede que Beth sea un poco gurú, y que la Fundación esté demasiado centrada en su persona, pero los objetivos son loables y, al fin y al cabo, por eso me asocié con ella.

—¡Concéntrate, coño!

De un golpe de orgullo más que de técnica, dismantelo la llave y, jadeando como un animal, me libero del adversario. Tiene un cuerpo perfecto para la lucha, el cabrón. Lo miro

mientras me escurro la barba deslizando la mano de arriba abajo y apretándola como si fuera una esponja. Expulso las gotas de la mano con una sacudida. Él no parece cansado, más bien me mira intimidado. «Si le hago daño al *grand-père*, olvídate de trabajar alguna vez con la Fundación», pensará. Caminamos de lado sobre el perímetro de un círculo imaginario en la arena sin perdernos de vista mientras recupero el aliento. Imagino la cara de reproche de Fred si me viera ahora mismo. «¿No eres un poco mayor para caer en provocaciones?», me diría el viejo amigo Fred Bosniak, el hombre de los cien sombreros, que cuenta dólares de día y que me acompaña en las veladas musicales de noche.

Mientras vigilo al enemigo imberbe, se me va la vista hacia el aula opuesta al murete, idéntica a las otras, con su techo de zinc y todo, aunque recién construida con los fondos de la Fundación Beth Jones. El chaval amaga un movimiento, pero no lo ejecuta. No reacciono a su engaño. Ha quedado igual que las otras dos, la nueva aula, cutre. La inauguración de mañana nos ha servido de excusa oficial para la visita de Beth, pero planificar el futuro del programa de investigación es el motivo real. Nos ha costado sudores y malarias, pero lo hemos hecho bien, joder. Los frutos del esfuerzo de quince años ya están a nuestro alcance. Y no es solo una metáfora fácil: el bosque se recupera, los chimpancés se han acostumbrado a nosotros y los lugareños nos quieren como si fuéramos miembros de su familia. Como se quiere a aquella parte de la familia con dinero y contactos, en todo caso.

Veo como las chicas bostezan y se preparan para irse.

—*Allez, mon vieux, vous pouvez!* —grita aún una de ellas mientras baja del murete.

Cerca de las *groupies*, el *walkie*, ahogado bajo mi ropa en un banco de madera, emite sonidos entrecortados. Me queda lejos. Primero lo primero. Tumbaré al niño que ha osado retarme y aún tendré tiempo de prepararme antes de que llegue Fred.

—*Allez, Paul, vous êtes le meilleur!* —Y más risas.

Con una sonrisa y el ego hinchado, las vuelvo a mirar unas décimas de segundo, suficientes para que mi rival se abalance sobre mí, me aplaste con todo su peso contra la arena y me reboce de pies a cabeza.

Desde el suelo veo como las chicas se van. El chaval me ofrece una mano para ayudarme a ponerme de pie. Dudo si cogerla o enviarlo a la mierda. La acepto, me levanto, lo abrazo deportivamente y camino muy digno hacia una gran jacarandá cercana al muro de la escuela, mientras me sacudo como puedo la arena de la cara y de la barba de náufrago. A la sombra del árbol, una mano blanca y una mano negra rebañan los restos de arroz marrón del fondo de un gran cuenco de aluminio. Jeni, la última bióloga en unirse al equipo, y Omar, el más joven de los asistentes locales, no esperan cuando hay hambre.

—El anciano se hará matar —dice Omar a Jeni, consciente de que ya estoy suficientemente cerca para oírlo.

—Te crees muy listo, ¿eh, Omar? Este anciano de ochenta kilos te aplastará como a una cucaracha si no vigilas, fideo.

Omar, más bajo que yo, pero bien musculado, suelta una carcajada y sacude la cabeza, escéptico.

Los sonidos entrecortados del *walkie* se mezclan con el masticar abierto y ruidoso de Jeni, que me mira, guasona, de arriba abajo. Está sentada en cuclillas estilo africano y lleva

un vestido local mal atado que le expone buena parte de los muslos. Nota que me he fijado. Me sigue mirando a los ojos y desafiándome con una sonrisa. Señalo el banco de madera.

—¿No oís el *walkie*, o qué? —les digo, un poco más alto de lo necesario.

—Estamos desayunando, Paul —dice Omar—. ¿Quieres?

Jeni empuja dentro de su boca una bola de arroz empapada en salsa que le gotea por la cara y le resbala por el brazo derecho. Omar ríe.

—¿Has visto lo bien que lo hace Jeni? Y no lleva ni dos semanas aquí...

Omar sabe que yo soy más de cuchara. «Gente, ¿hay alguien? Cambio.» Es la voz de Samal en el *walkie*. Se oyen gritos distorsionados de chimpancés de fondo. Jeni deja de masticar e indica a Omar que permanezca en silencio. Se gira hacia el sonido y la cola rubia le golpea la mejilla. El *walkie* suena de nuevo. «¿En serio que no hay nadie? Cambio. Panda de vagos...», refunfuña Samal antes de que se corte.

Jeni se me adelanta y corre hacia el banco. De un golpe de revés, aparta mi ropa y, antes de que caiga al suelo, la salva con la mano de la salsa. Suspiro. Torpe, coge el *walkie* con la mano limpia y pulsa el botón.

—¡Samal! ¡Estoy aquí! Cambio.

La insistencia de Samal nos ha hecho improvisar una expedición reducida que encabezo a paso ligero por el camino estrecho que corta en horizontal la vertiente oeste de la garganta. No me gustan las prisas cuando estoy en el bosque. Después de tantos años, sigo disfrutando cada minuto que paso